



Busca y captura de un guante

Anäis Aurora Holgado Lage. Salamanca. 20 años.

Anäis inventaba historias y se las dictaba a su madre para que las escribiese, porque ella aún no sabía. Luego ya sí. Con trece años ganó un premio en un Concurso de Cuentos organizado por el *Grupo Juvenil Alfar*. Y ahora éste. Y escribe. Le gusta viajar, la buena música en directo, el cine y leer. Estudia tercero de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, ciudad desde la que su corazón le dice los cuentos que ahora sí sabe escribir.

En este relato, las lágrimas sienten deseos de llorar, pero no pueden porque ya son llanto y un mitón se estre-
mece en un bolsillo y hay una conciencia que...

Busca y captura de un guante

Anäis Aurora Holgado Lage

Ella, sentada en las escaleras del interior del portal, esperando al ascensor, el rostro entre las manos, el pelo sobre ellas. Un guante negro, asomado a uno de los bolsillos del abrigo, está buscando, —¿por qué no?— a su compañero, perdido en el agujero de enfrente. El anciano que está fuera hace mucho ruido con las llaves, hasta que da con la correcta. Siguen tintineando, hasta que consigue introducirla en el ojo de la cerradura, que no se queja. El viento se cuela por la puerta antes que el bastón del hombre, y acaricia levemente el pelo y las mejillas de la muchacha. Él la mira, y su cara se ensombrece en una triste sonrisa, que eleva las arrugas hasta hacer sus ojos diminutos:

—Un mal día, ¿eh? —Ella asoma un ojo entre las rendijas de la mano y del pelo:

—Todos los días son malos, últimamente. —A pesar de la indudable experiencia en la vida del hombre, queda un poco cohibido. Espera en silencio la llegada del transporte elevador, mientras ella se levanta. Primero aparta los mechones, y los coloca detrás de las orejas, temporalmente, porque los mechones son rebeldes y ella sabe que volverán a su cara. Luego las manos, las separa de golpe y las apoya en sus rodillas, sobre los vaqueros gastados, mientras se pone en pie. En ese momento, el guante intrépido —mitón, para más señas—, cae al suelo desde su improvisado balcón, sin que nadie lo advierta. Ella sube hasta el cuarto acompañada pero en silencio, y hasta el quinto sola. Tiene las mejillas rojas y los ojos brillantes, pero no ha derramado una sola lágrima. Mientras sube al ático, introduce inconscientemente las manos en los bolsos del abrigo, descubriendo sólo a

un mitón, en el lado derecho, tembloroso y asustado, con un trauma importante después de ver a su hermano gemelo caer desde una altura considerable y golpearse contra el borde de un escalón. Ella no repara en el lamentable estado del guante que le queda, y se da la vuelta para bajar a buscar al otro. Le gustan sus mitones, llevan varios años acompañándola a todas partes, y nunca habían tenido intención de abandonarla.

—Tranquila, nena, lo encontrarás. —Salta su conciencia. Ella está seria, hay algo en su pecho que le impide sonreír desde hace tiempo. No es seria, pero lo está. Antes no. La voz de su conciencia es una voz de hombre. Siempre lo ha sido, y ella nunca se ha preocupado por ello, ni le ha resultado extraño. Es una voz dulce y clara, varonil, y normalmente muy cabal. A veces dice algún sinsentido, las conciencias también pueden equivocarse, y ella entonces no le hace caso. Su conciencia a veces parece molesta, pero a los pocos minutos vuelve a aconsejarla amablemente. Nunca se han enfadado de verdad. Ella cree que su conciencia está triste desde que ella lo está, antes siempre hacía comentarios ingeniosos que la hacían sonreír. Ahora pasa la mayor parte del día en silencio, y antes de dormir, simplemente dice: «Buenas noches, que descanses». Su conciencia sabría hacerla sonreír en cualquier momento, si lo deseara, y por ello está un poco enfadada con su voz masculina. O quizás ella está triste desde que su conciencia lo está, aunque esa opción nunca ha pasado por su cabeza.

Cuando era niña, siempre deseaba casarse con el hombre que tuviera una voz como la de su conciencia, como aquel príncipe del cuento, que quería casarse con la mujer que tuviera la voz que le salvó de morir ahogado en el naufragio, y que resultó ser la de la Sirenita. Ella creció, ya no tiene esas fantasías. No deja de ser una lástima.

Al salir del ascensor corre hacia la puerta de la calle, sin

reparar en los escalones donde acaba de estar sentada, sin ver, por tanto, a su guante, acurrucado allí en el suelo, muerto de frío. El otro guante, que sigue en el abrigo, sí lo ve, desde el bolsillo. Suspira primero de alivio al verle vivo y luego ahoga un grito al percatarse de que ella pasa de largo. Es noche cerrada. En el frío de la calle, la chica baja la mirada hacia la acera, y sus ojos se mueven insistentemente de izquierda a derecha, como el bastón de un ciego. Camina deprisa, no mira al frente. Al acabar el registro de su calle, empieza a disgustarse. ¿Y si ya no lo encuentra? ¿Y si ha pasado alguien y se lo ha llevado, sin pararse a pensar que ese mitón tiene un hermano al que puede echar de menos?

—Menos preocupación, pequeña. —Susurra su voz interior. Pasa de nuevo por la puerta del banco, y decide pararse a que el cajero automático le escupa unos billetes, por si tiene que comprarse unos guantes nuevos al día siguiente. El mitón que queda, ahora convertido en un solitario, con gran intuición se imagina lo que pasa por la mente de su dueña, y empieza a temblar pensando en el cubo de la basura, entre cáscaras de huevo, envoltorios de chocolatinas y pelusas del suelo, lejos de su gemelo, perdido aún en la oscuridad de un portal. Ella recoge el dinero. Cuando era niña tenía una caja verde metálica con un candado sin llave. Ella imaginaba que era la caja del dinero sin fondo, y que el día que lo necesitara, aparecería la llave. Iba con la caja bajo el brazo, a todas partes.

—Nunca sabes cuando te va a hacer falta una moneda —decía su entonces infantil conciencia. A veces paraba frente a una confitería, con la caja bien agarrada y los bolsillos vacíos, y buscaba la llave por todas partes: en el suelo, en las alcantarillas, sobre los árboles, bajo los coches... Y como no la encontrase, se decía que, obviamente, no se encontraba ante una importante necesidad. Una mañana que salió el sol después de tres días lluviosos, recién cumplidos

ella los nueve años, el tío Julián encontró la caja en la habitación, y, ante la incredulidad y el horror de la niña, la abrió hábilmente con un alambre. Estaba vacía, o casi. En el fondo, pegada con una tira de celofán, la ansiada llave.

—Toma —dijo a la muchacha— ahora ya puedes guardar cosas. —Y la conciencia, en un ataque de rebeldía, gritó:

—¿Y cómo demonios va a guardar toda la ilusión que le acabas de robar? —Pero nadie la oyó. A cada conciencia sólo la oye una persona. Aunque es cierto que hay personas que prefieren no escuchar a su conciencia, y personas que la buscan y parece que se les ha perdido. Hoy la caja guarda polvo y unos recortes viejos en la estantería marrón oscura de cinco estantes de la habitación de invitados. A veces ella no puede evitar comparar su caja con los cajeros de banco, descubriendo que la realidad es siempre más gris que la fantasía.

Empieza a nevar. Las nubes, gordas y pesadas, tiñen la noche de gris, y los copos adornan enseguida el pelo y las ropas de la chica. El guante que no sufrió el accidente se acurruca en el fondo del bolsillo. Ella camina, sigue mirando al suelo, que ya está húmedo. La nieve cae con mucha intensidad.

—Lo siento, creo que lo has perdido. —Se rinde su conciencia. Ella, confusa y molesta, levanta la vista, lanzando una mirada reprobadora a alguien que no está delante. Nunca antes su voz varonil se había rendido, nunca la había decepcionado. Normalmente gritaría: «¡Vamos, chiquilla, te dará tiempo a encontrarlo antes de que la nieve cuaje!».

Hace meses que todo le sale mal, y ahora también le falla esa voz que tantas fuerzas le daba. Sus pies se paran, no quieren seguir, se niegan a llevarla más lejos de casa. La lágrima se posa en el borde del precipicio, el guante está mudo, expectante; la conciencia cabizbaja. La nieve, fría e indiferente, continúa su descenso. Dos ancianas acurruca-

das en sus chales la miran al pasar a su lado. Ella aprieta los puños, gira ciento ochenta grados y emprende el camino de regreso. Nunca se ha sentido tan sola. Vuelve rápido, los ojos fijos en algún lugar del suelo que avanza bajo sus pies. Cuando entra en su calle, ese suelo es ya blanco. Pero ella sigue sintiéndose sola. Se detiene, e intenta que su conciencia le diga algo. «Vamos, –piensa– ayúdame ahora o no me ayudes más». Y la voz no sabe qué hacer. Sabe que debe haber un medio de que todo vuelva a la normalidad, tiene que haberlo, mas no dice nada. Ella escucha el silencio. La lágrima salada se escapa deprisa, y cae, cae, cae resbalando por toda la mejilla, y se precipita al vacío. Va mirando el abrigo de ella al descender, intenta agarrarlo, pero no alcanza. El guante, desde el bolsillo, intenta tenderle un dedo, pero es un mitón, y no llega. La lágrima mira al suelo, y siente deseos de llorar, pero las lágrimas ya son llanto y no lloran. Finalmente el golpe llega, pero no es tan fuerte como esperaba. La nieve está blandita, y la gota cálida y salada la deshace poco a poco hasta encontrar la acera, húmeda de otras gotitas, que la saludan amablemente, y queda allí sonriendo. El mitón suspira, más tranquilo. Ella continúa su camino, rompiendo la nieve virgen a sus pies. Craj, craj. Sus huellas la van siguiendo a cada paso, y nunca la alcanzan. Su calle se le antoja larga, estrecha, y observa su portal, acercándose lentamente. De pronto ve unas piernas, alguien está sentado en él, en el escalón exterior, con los pies en el suelo, cubiertos de blancos copos. Es de noche, apenas hay nadie en la calle, y por un instante ella se acobarda y reduce el paso. El mitón que le queda, el miedoso de la pareja, apenas se atreve a respirar, si es que los guantes respiran. Ella no llega a detenerse en ningún momento y finalmente llega al portal. Es un chico joven, dentro de un abrigo negro, que la mira con curiosidad. A pesar de la oscuridad, ella distingue dos ojos, y se los imagina verdes y brillantes. Probablemente lo son. El pelo, rizado, le llega hasta los hombros. Ella susurra un saludo, mientras busca

las llaves, juguetonas, escondidas en algún lugar de su bolso para hacerle pasar vergüenza ante el extraño.

—Hola. —Contesta él, de pronto. Sus dedos tocan las llaves en ese momento, pero la chica detiene todo movimiento. Tan sólo sus ojos se giran para posarse en los de él, que continúa mirándola, como preguntándose por qué aquella joven se mantiene tan quieta como una estatua de mármol. Ella, por su parte, tan sólo escucha a su corazón latir, cada vez con más fuerza, y no sabe si sus manos se han convertido en gelatina, si conseguirá dar un paso con ese temblor en las piernas, si está soñando. Durante unos segundos se olvida de respirar. Cuando se hace cargo de la situación, decide hacer una prueba, la necesita. Traga saliva, para poder realizarla sin titubear:

—Estoy buscando un guante negro, ¿has visto alguno por aquí? —Él gira la cabeza hacia el interior:

—Me ha parecido ver un mitón, negro, ahí dentro, junto a los escalones, al lado del ascensor. —Ella mira a través del cristal, sin poder evitar que una gran sonrisa ilumine su rostro, tras meses de expresión mohína. En efecto, su mitón atrevido está allí, en el suelo, dando saltitos de alegría, encantado de que al fin le hayan visto, y de que ella esté sonriéndole. Su gemelo también da pequeños botes de alegría en el bolsillo, con cuidado, no vaya a caerse también. El cerebro de ella sigue maquinando a toda velocidad, pensando en el desconocido: «Es esa voz, su voz, su tono y sus consejos. Es la misma voz, ha salido hoy de mí, y ha aparecido él...». No aguanta más, quizás no tenga otra oportunidad de recuperarle.

—¿Esperas a alguien? —Pregunta, de repente, aunque puede imaginar la respuesta. Él sonrío, algo incómodo:

—No, lo cierto es que no. —Ella está segura entonces de que es él, de que no volverá a oír la voz en su cabeza, de que

buscaba un guante y ha encontrado un sueño infantil y una sonrisa. De que en realidad él no le ha fallado, sino que se las ha arreglado para poder recuperar su alegría. Y si es él, no hay por qué temer nada:

—¿Quieres subir a tomar algo? —Él sonrío de nuevo, tímidamente, como si hubiera estado esperando algo así pero no creyese que fuera a pasar. Se levanta, mientras ella abre la puerta. Luego le deja pasar. Él pulsa el botón del ascensor. Ella recoge el mitón, y lo sacude un poco. Con los nervios, guarda el guante en el bolsillo equivocado, junto al otro, y los dos hermanos se funden en un abrazo. Ella ahora mira al suelo, sonriendo. Él la mira a ella. Al entrar en el habitáculo, el chico pulsa el botón del quinto sin que ella le diga nada. Y al fin, es capaz de preguntarle aquello que la tiene intrigada desde hace tanto tiempo:

—¿Cómo te llamas?